

¡Dámela tú á beber, oh dueño mío,  
en la cuenca amorosa de tus manos!  
¡Dame el agua, Señor, el agua viva  
con que apague esta sed en que me enciendot  
¡No me sea jamás tu fuente esquiva,  
que de amor y de sed me estoy muriendot



SAETAS



## SAETAS

Subid aprisa, oraciones!  
¡Subid con ansia, deseos!  
¡Rasgad con vuestras centellas,  
abrid con vuestros ingenios  
las finieblas de la noche,  
los muros del firmamento,  
y herid con vuestras espadas,  
sujetad con vuestros hierros  
á Aquel por quien yo suspiro,  
á Aquel por quien yo me muero!

Con la valiente osadía  
del amor y de su fuego,  
beber los aires ansío,  
forzar los astros pretendo,  
luchar con Dios, cautivarle  
y hacerle mi prisionero...

¡Y en sus divinas entrañas  
 clavarle mis dardos quiero,  
 las saetas encendidas  
 de mis raudos pensamientos,  
 que hasta las rocas se hienden  
 y se desgarran los cielos  
 con el ímpetu y la fuerza  
 del amor y del deseo!

¡Subid aprisa, oraciones!  
 ¡Fortificáos y encendéos  
 sobre las ascuas del horno  
 palpitante de mi pecho!  
 ¡Subid á la patria mía  
 con tan abrasado afecto,  
 que penetréis como rayos  
 en el corazón inmenso  
 de Aquel por quien yo suspiro  
 de Aquel por quien yo me muero!

¡Pluguiera que para amarle  
 fuese como el sol mi pecho,  
 como dos lunas mis ojos,

como lenguas mis cabellos,  
 como un torrente mi sangre;  
 como una selva mis nervios:  
 que fuesen mis brazos ríos,  
 barras candentes mis huesos  
 y dardos mis oraciones  
 y centellas mis deseos!

¡Quisiera tener cien almas  
 con que adorar á mi dueño;  
 quisiera tener cien vidas  
 y dárselas por un beso;  
 tener tantos corazones  
 como estrellas tiene el cielo,  
 y cuando más palpitasen,  
 arrancármelos del pecho  
 y engazarlos en el hilo  
 de luz de mi pensamiento,  
 como un collar de rubíes  
 para el dulcísimo cuello  
 de Aquel por quien yo suspiro,  
 de Aquel por quien yo me muero!

¡Ay, amor de mis entrañas!  
 ¡Cuán dulce angustia padezco!  
 Tengo el sabor en la boca  
 de tu sangre y de tu cuerpo  
 y estoy cada vez, Dios mío,  
 más ansioso y más hambriento,  
 y es tan grande mi codicia  
 de tu amor y de tu cielo,  
 que tengo el alma preñada  
 de abismos y de silencios,  
 de voraces apetitos  
 y de inflamados deseos.

Quisiera, Señor, gozarte  
 cara á cara y seno á seno,  
 desfallecer en tus brazos  
 con tan hondo arrobamiento  
 que el alma se me saliera  
 de los labios, como un beso.  
 Que las fibras de mi carne,  
 que las venas de mi cuerpo  
 fuesen ligas, fuesen lazos  
 que me ataran á tu pecho

con deleites infinitos  
 y con amores eternos.

Mas ¿cómo pedir tal gloria?  
 ¿quién soy yo, ni qué merezco,  
 pobre gusano de luz  
 que se arrastra por el suelo?  
 Para tí todo, Dios mío,  
 que yo para mí no quiero  
 más que el puñado de tierra  
 donde se pudran mis huesos.  
 Y si al borde del sepulcro  
 sobre el césped de un sendero,  
 brotase una florecilla,  
 ese será el postrer beso  
 que los labios de mi carne  
 le den á su dulce dueño,  
 á Aquel por quien yo suspiro,  
 por quien lloro y por quien muero...

¡Oh noche, oh sombras, oh alturas,  
 oh soledad, oh misterio!

¡Mar sin orillas, poblado  
 de estrellas y de secretos!  
 ¿Jamás de mis oraciones  
 me devolveréis los ecos?  
 ¿Qué dicen vuestros abismos?  
 ¿Qué dicen vuestros silencios?  
 ¿Se han de quebrar mis saetas  
 en vuestros muros de hierro?  
 ¿Se han de hundir mis esperanzas,  
 como naves sin gobierno,  
 bajo las siniestras olas  
 de un mar oscuro y desierto?  
 ¿Y he de vivir abrasándome  
 para morir más sediento,  
 morder el polvo y en polvo  
 tornarme? ¡No! ¡vive el cielo!  
 Si en ese mar tan callado,  
 si en ese azul firmamento  
 no hubiera más ley ni origen  
 que el azar rebelde y ciego,  
 forjábanse eternidades  
 y paraísos espléndidos

con el ímpetu y la fuerza  
 del amor y del deseo.  
 ¡La caridad bastaría  
 para dar al mundo un cetro,  
 para levantar el trono  
 del divino Nazareno  
 con muros de corazones  
 y con pedazos de cielo!  
 Mas, este ardor insaciable  
 y esta inquietud y este fuego,  
 dominadores de abismos,  
 pobladores de silencios;  
 estas rabiosas ternuras,  
 estos voraces deseos,  
 estas ansias, estos gritos,  
 estas preces, estos frenos,  
 y raptos y calenturas  
 y amores y sufrimientos,  
 ¿quién los pone en nuestras almas?  
 ¿quién los clava en nuestros pechos?  
 Estas voces inflamadas  
 del más alto sentimiento,

querellas, fiebres, delirios,  
 hambre de Dios, sed de cielo,  
 ¿qué son sino resplandores  
 vislumbres y centelleos  
 de la infinita hermosura,  
 del amor vivo y eterno  
 de Aquel por quien yo suspiro,  
 de Aquel por quien yo me muero?

Quien ama profundamente  
 sabe que todo está lleno  
 de semblantes y de espíritus,  
 de callados pensamientos,  
 de palabras escondidas  
 y de inefables misterios;  
 que no hay un rincón vacío  
 ni en la tierra ni en el cielo;  
 que la soledad es alma  
 y eternidad el silencio...

Dios nos habla á todas horas  
 con suavísimos acentos;  
 nos habla como á hurtadillas,  
 nos habla como en secreto,

con un rumor tembloroso  
 de canciones y de besos;  
 mas, andamos distraídos  
 y escucharle no sabemos.

Hay que vivir de rodillas,  
 hay que vivir en acecho  
 de esas palabras tan dulces,  
 de esos avisos tan tiernos;  
 hay que vivir siempre en vela  
 puesta la mano en el pecho,  
 siempre alerta los oídos  
 y los párpados abiertos;  
 hay que despertar al angel  
 que todos llevamos dentro,  
 mientras la bestia se rinde  
 vencida del torpe sueño.

Todo es amor, todo es vida,  
 todo es altar, todo es templo...  
 Dios camina por el mundo,  
 recorre nuestros senderos,  
 se alberga en nuestros hogares,  
 vive en nuestros aposentos

y en la sombra de la noche  
se acerca hasta nuestros lechos...

¡Oigo, Señor, de tus hablas  
el dulcísimo aleteo,  
como un volar de palomas,  
como un zumbido de insectos  
en los aires, en las aguas,  
en las frondas, en los céfiros,  
en el tumbo de los mares,  
en el silbo de los vientos,  
en la voz de las fontanas,  
en los ventalles del cedro  
y en los tajos y en las cumbres  
y en la noche y el silencio  
que es la pausa melodiosa  
de tus divinos conciertos!

Escucho el blando latido  
de tu corazón inmenso,  
como una música suave,  
como el compás de unos versos,  
en el latir de mi sangre  
y en el temblor de mis nervios,

en el ritmo de las cosas,  
en el orden de los cielos,  
en los astros, en la viva  
pulsación del universo...

Y escucho el manso respiro  
de tu fervoroso pecho,  
y tomo tus blandas manos,  
y sufro el divino peso  
de tus carnes en mi alma,  
de tu espíritu en mi cuerpo,  
y absorto, sin pulso, herido  
de tanto amor, desfallezco,  
todo deleite gozando,  
toda ciencia conociendo...

¡Salid del alma, oraciones,  
que estas cosas con que sueño  
podré alcanzarlas un día  
en vuestras alas de incienso!

¡Subid aprisa oraciones,  
subid con ansia, deseos,  
subid á la patria mía,  
con tan abrasado afecto,

que os clavéis, como centellas,  
en el corazón inmenso  
de Aquel por quien yo suspiro,  
de Aquel por quien yo me muero!



HABLAS INTERIORES



## HABLAS INTERIORES

I

Naciendo está la aurora  
sobre el regazo de la noche oscura;  
si el alma veladora  
más alta luz procura  
el sol yo le daré de mi hermosura.

Ven alma, ven conmigo  
y abraza la aspereza de este leño.  
Te llama Dios, tu amigo...  
¿Qué amante se da al sueño  
cuando la voz escucha de su dueño?

Ven, alma, tan callando  
que ni el dormido corazón lo advierta,  
en el silencio blando  
de la noche... que abierta  
del castillo interior tienes la puerta.

Mi amor guarda la llave;  
 mi amor, que es el señor de esta morada,  
 con un silvo süave  
 cita á su enamorada,  
 á la hermosa doncella descarriada.

Pobrecita paloma,  
 que pusistes el nido entre milanos;  
 traspasa aquesta loma  
 de mis huertos lozanos  
 y haz tu nido en el hueco de mis manos.

Alma ¿qué te detiene?  
 ¿por qué no acudes si el amor te espera  
 y el nido te previene?  
 ¿qué lengua lisonjera  
 embelecó á mi esposa y compañera?

Rompe todos los lazos  
 que te aprietan con ansias y dolores;  
 ven aprisa á mis brazos,  
 á mi lecho de flores...  
 ¡mi Amor es el Amor de los amores!

## II

Rayo de lumbre eterna  
 vendrá riendo á calentar tu nido,  
 y en mi luz sempiterna  
 bañaré la caverna  
 la noche del sentido  
 donde moras con ansia y con gemido...

¡Alma despierta y grave!  
 Recibe de mis penas  
 el manjar secretísimo y suave,  
 que trasciende á azucenas  
 y á puras mieles sabe...  
 ¡penas, de glorias y de gozos llenas!

Ven á sufrir conmigo;  
 yo te ungiré con óleos, con aceites  
 de perpetua salud; tu dulce amigo,  
 Señor de los Amores,  
 puso en la entraña del dolor deleites  
 de divinos sabores.

Para tí ya no hay noches ni hay auroras:  
la eternidad sobre los ojos fienes...  
Deja pasar el carro de las horas;  
no su corcel refrenes...  
¡horas engañadoras!  
«¡Soledades sonoras!»  
¿Por qué llorar sus males ni sus bienes?  
¡Alma! ¿Por qué los lloras?

¿Por qué no dejas las mentidas galas  
de esa tierra sombría?  
Ya verás, alma mía,  
con qué subidos goces te regalas  
en el eterno día...  
Sube, paloma mía:  
¿no conoces la fuerza de tus alas?



## CIENCIA DE AMOR